

DEDICATORIA DE LA FIESTA en honor de Dante

Excelentísimo señor, señoras, señores:

Seiscientos años cúmplense hoy desde aquel día en que en Ravena, el altísimo poeta entregaba al Creador, objeto de su eterno canto, ese espíritu que en sublime y fantástica visión había visitado en vida los reinos de ultratumba.

Bajó al sepulcro acompañado tan solo del llanto de sus hijos y de reducido número de amigos; y esa humilde tumba trocóse en breve en altar ante el cual los mejores artistas, las primeras ilustraciones sedientas de belleza y de fe, se han inclinado en el curso de los siglos. Ella es faro luminoso que pasma al mundo con la grandeza de la obra del poeta cristiano, que la humanidad califica de divina. Y hoy, después de seis centurias, el recuerdo acrecienta la gloria del ilustre florentino y nuevos laureles ciñen sus sienes.

Italia venera en él al padre de la literatura, al modelo insuperable del arte. La Iglesia católica lo proclama su cantor y el mundo civilizado honra en él al primer exponente del genio latino.

Natural era, pues, que uniéramos nuestra voz al grandioso coro que hoy, católicos y latinos, tributan al lírico inmortal del dogma y divinizador del arte.

Se extrañará que un humilde hijo de Don Bosco, de quien recibimos la misión de dedicar nuestras energías, nuestras fatigas, nuestras oraciones al servicio del obrero, preparándolo para la vida honrada y socialmente benéfica, sea quien os dirige la palabra como dedicador de los festejos a Dante Alighieri.

Explicaré mi atrevimiento la benévola voluntad de las señoras y caballeros que han formado el Comité organizador; la augusta voz del Sumo Pontífice que ha exhortado al mundo a la celebración de este centenario, y el cumplimiento de sacratísimo deber para con una tumba salesiana, aún empapada en lágrimas de aquellos para quienes el Padre Aime fue amigo inmejorable, superior prudente y dulce padre ternísimo y celoso, y quien en los últimos días de su santa vida inició estas festividades centenarias.

Y, excusadme un respiro personal: el mismo sol de Italia, sus embalsamadas brisas que acariciaron la cuna del poeta, son las de mi amada patria.

Pero si la iniciación ha sido salesiana, la fiesta es esencialmente colombiana. Así tenía que ser como propia que es de la Atenas suramericana, de la cultura proverbial de Colombia y de la catolicidad de su Gobierno, presidido por sabio literato, fervoroso católico e ilustre y ejemplar ciudadano.

A él, a su Gobierno y a las señoras y caballeros que han organizado los festejos y hoy los realizan, rindo fervoroso tributo de gratitud.

JOSÉ MARÍA BERTOLA
Salesiano.

